Ud. Está accediendo a este documento a través de la Biblioteca Digital de Genealogía Familiar, que lo publica con autorización del autor o editor del mismo para ser leído por individuos que acceden a este sitio web.

Está prohibido su uso o reproducción (total o parcial) para cualquier uso comercial sin autorización específica del autor o editor, que retiene todos sus derechos sobre este documento.

Puede consultar otros documentos de interés histórico o genealógico en www.genealogiafamiliar.net

Memorias Familiares

de

Adriana Bustamante de Montero (1854-1913)

Transcripto por Juan Ignacio Espel
2023
Buenos Aires

Cómo citar esta obra: Espel, Juan Ignacio, *Memorias familiares de Adriana Bustamante de Montero (1854-1913)*, 2023, Buenos Aires. Disponible en genealogiafamiliar.net

Mi César querido. Tu fecha se acerca, y quiero obsequiarte con lo único que está a mi alcance, con ese fin te mando mis memorias. Los tristes y alegres recuerdos de tu pobre madre…

Te las envió para ti, junto con un estrecho abrazo. Quiero que las leas en compañía de tu María Teresa.

No las juzgues literariamente, pues son escritos sin pretensión, a pedido de Raúl, y para todos ustedes; con toda el alma y el corazón de una mujer que supo amar como ninguna.

Acéptala en este día de tan caros recuerdos para tu vieja madre.

Mi bendición va con ellas,

Adriana

Diciembre 12 / 1910

A mi hijo Raúl

Me pides mi historia y aunque poco interesante quiero complacerte; en ella no encontrarás nada novelesco, ni extraordinario, es la simple relación de una hija del hogar, esposa y madre más tarde.

La mujer honrada no tiene historia; podrá haber en su vida sucesos más o menos interesantes, pero nada más.

Creo que en el transcurso de su lectura, más de una vez, te sentirás conmovido y asomará a tus ojos una lágrima.

Conozco tu alma sensible y en ellas toco temas muy queridos para tu corazón.

Volveré la vista hacia el pasado y tomaré del momento lúcido del que empiezan los recuerdos de mi infancia.

Hay en este principio, — ¡bien lejano por cierto! — instantes que recuerdo como un sueño, otros en que veo claro, pero cuando descuidada voy a relatar algo, tengo que parar el pensamiento y luchar con la ingrata memoria que se me revela, cubriéndome con un espeso velo las ideas, teniendo que recogerlas, incoherentes y sin ilación.

Sin embargo, haré lo que pueda.

I

Mis memorias (si así se pueden llamar) empiezan en una mañana, en que recordada por mi tía Fortunata, (esta tía y madrina fue la que hizo las veces de madre a la muerta de la mía; ella fue la que desempeñó este sagrado deber).

Antiguamente era la madrina, la que a la muerte de la madre, se revestía con la abnegación de aquellos buenos tiempos, de honradez y buena fé, en que se creía que era obligación de estas reemplazar a la madre y llenar la santa misión de ellas con la ahijada. Era un lazo espiritual que no se rompía y que aseguraba a la madre moribunda, el amparo de la pobre huérfana que quedaba en el mundo.

Vuelvo a mi relato: llamada por mi tía, fui ataviada por ella y aún recuerdo el vestido de gala que se me puso. Era un traje de riquísimo Paplú (sic) de seda violeta, con faja de terciopelo del mismo color, gran cuello y puños de piel de marta, medias de seda del mismo color del traje y botitas bronceadas; tendría yo 5 años escasos y como si fuese ahora recuerdo la conversación que tuve con mi buena tía.

Me vestía parada en una silla de mi habitación, en la casa solariega de mis abuelos; me dijo: “Voy a vestirte con tu mejor traje, no te despeines ni te ensucies, hoy llega tu padre con Angelita y quiero reciba buena impresión de ti.”

(Mi padre había casado en segundas nupcias en Buenos Ayres con Ángela Martínez, hija del General Brigadier Don Enrique Martínez).

Serían las nueve de la mañana cuando yo me impacientaba parada en la baranda del corredor que daba frente a la entrada de la casa, cuando vi descender de su carruaje a mi padre del brazo de mi madrastra, preciosa joven de 21 años. No sé porqué ese momento ha quedado tan fijamente grabado en mi memoria. Debo haber recibido una impresión muy fuerte, ¡pues los años no han sido bastantes para borrar el recuerdo de ese día!

Después de los primeros saludos y caricias y pasado el momento del chocolate (servido en el comedor) se borra el resto del día hasta la noche, en que nació la primera hija de Angelita (María Eugenia). Cuando vi a la nena le dije a mi padre: “Papá, tú no me vas a querer tanto, porque está esta nena tan linda”, y mi padre, tomándome en sus rodillas, me dio un beso y me dijo: “Las niñas no dicen eso, porque papá se enoja; dame un beso y vete a dormir.”

Tía Fortunata me dijo: “No le vuelvas a decir eso a tu padre, porque a Angelita no le va a gustar”, y me ayudó a acostarme. Al besarme, después de hacerme rezar, sentí que me dejaba la cara bañada en lágrimas, diciéndome: “¡Pobrecita!”

Cuando mi madrastra se levantó y fue haciéndose ya dueña de casa, pues todas vivíamos en la casa solariega, un día me dijo tía Fortunata: “Adrianita, Angelita quiere hacerse cargo de ti, y que te lleven la camita al lado de su cuarto, porque dice que a ella

le corresponde cuidarte". Mi tía lloraba amargamente, yo, en mi inocencia de niña, no comprendía el motivo de aquellas lágrimas, pero no las he olvidado.

Fui trasladada a la habitación inmediata a la de mi padre, donde dormía la ama de María Eugenia. Allí fui instalada, comprendiendo a pesar de mi corta edad, que había perdido en el cambio — yo era compañera de cuarto de mi tía.

Llegué a darme cuenta que entre Angelita, y mi tía, se levantaba un sismo y que yo era en parte la causa; por los celos nacidos entre ambas. Mi madrastra hacía sentir los derechos de madre política para conmigo, y mi tía los del corazón, comprendiéndose que en aquella el móvil no era el cariño, sino el deseo de hacer sentir su autoridad.

De aquí nació un malestar que tuvo por resultado la separación.

Por esa época mi hermana Regina, que había quedado con tía Reginita (su madrina), no se ausentaba de casa por estar muy enferma esta última y por orden del doctor Vidal, vivían en la quinta (también solariega de mi abuelo).

Resulta que mi padre buscó casa y tomó una, que aún existe tal como era entonces, calle 25 de Agosto esquina Zabala; allí fuimos a vivir y mi pobre tía le pidió a mi padre la dejara con ella, pero Angelita se apuró y no hubo lágrimas ni ruegos que valiesen, porque esta fue el arma que esgrimió para su venganza.

Fuimos a vivir a esa casa, yo noté bien pronto la ausencia de cariños y caricias de mi buena tía; pero sin embargo, a pesar de haber quedado mal con mi padre y mi madrastra, me permitían ir los domingos a pasar el día con ella.

¡Qué días deliciosos pasaba con ella! ¡Cómo se ocupaba ella que yo llegaría en ese día! Me esperaba con juguetes, muñecas y pastillas de licor, que sabía lo que me gustaban; y qué triste era para mí cuando me decían la oración: "¡Ahí te vienen a buscar!" ¡Qué abrazos y qué lágrimas las de mi tía al despedirme de ella!

El recuerdo de mi nueva casa aún me estremece, y cuando paso alguna vez por ella, acuden a mi memoria los días de terror de que fui poseída.

Yo era una naturaleza impresionable.

Cuando llegamos a la casa, el día que nos mudamos, al reconocerla, yo, con ese instinto de las criaturas que van siempre al peligro, subí ligeramente una peligrosa escalera que conducía a un cuarto alto que estaba en la azotea.

El ama de María Eugenia cometió la imprudencia de decirme: "No subas, niña, que ese cuarto está lleno de duendes y ánimas del purgatorio que te van a llevar al infierno."

Entonces sobrevino el ser insomne y pesadillas que aún recuerdo.

En mi habitación había un antiguo sillón, con un sombrero de copa en el respaldo, de cuenta que a la luz de la lámpara me parecía un hombre con sombrero; éste fue por casualidad arrastrado, quedando delante de mi cama. Yo desperté ¡y aún me siento estremecida por el recuerdo de la sensación recibida! Con gritos de espanto llamaba a mi padre: "¡Papá, papá, ven, un hombre parado delante de mi cama!" A mis gritos acudieron

todos, que ya dormían, pero yo estaba enloquecida de terror, y desde esa noche me volví sonámbula.

Me vieron todas las celebridades médicas, el doctor Vidal, el doctor Ferreira, el doctor Gualberto Méndez y Mister Bon. Estuve dos años que no dormía, ni en mi casa había tranquilidad; me había vuelto un duende y en mi sonambulismo agarraba siempre al peligro, a la escalera del cuarto de la azotea, causa de mi enfermedad. Era como una sugestión.

¡Esta es la época de mi niñez que recuerdo con más terror!

Por fin nos mudamos de casa, ordenado por el doctor Fermín Ferreira, que era el médico que había quedado de cabecera, yendo a vivir a la calle Washington, en la casa de don José Davou, donde más tarde mataron a Eduardo Beltrán.

Allí seguí algún tiempo sonámbula, pero poco a poco fui reponiéndome.

Recuerdo que una noche me levanté, desarmé mi cama, até los colchones, abrí la puerta de mi cuarto y fui a pasearme por el parral (expuesta a un grave peligro), atravesé toda la empalizada, volví a mi cuarto, cerré la puerta y al ir a buscar mi cama, tropecé con una mesita trípode donde se ponía la lamparita y la volqué. Al ruido me desperté.

Mi pobre padre y mi hermana fueron testigos de todo esto. Más tarde, cuando curé, me lo relataron. El doctor había dado orden de no despertarme, porque podía ser fatal.

Mi hermana Regina ya hacía algún tiempo vivía con nosotros, pues era preciso educarme y mi tía no podía ocuparse de eso por su falta de salud.

II

Llegó para mi padre una mala época, pues vino la revolución de los blancos y tuvo que emigrar. Se asiló en un buque inglés, y no tuvimos sosiego hasta no saber que estaba en Buenos Aires, a donde fuimos llamadas por él.

Al mes de estos sucesos nos fuimos todos, y aquí empezó una vida de privaciones. Fuimos a vivir a una casa en la calle Talcahuano y allí, en medio de nuestra pobreza, se deslizó una época feliz para nosotras.

La casa esa de cuatro piezas muy pequeñas, fue alhajada pobremente, no teníamos sirvienta, pero entre Regina, yo y una chinita llamada Irene, que le habían dado a Angelita, nos desempeñábamos divinamente y eso que el número de hermanos era cuatro, María Eugenia, Pedro, Augusto y Yeya, que nació allí. Éramos nosotras las niñeras y salíamos a la plaza del Parque (hoy General Lavalle), cada una con un muchacho cargado, pero nos divertíamos y este paseo hacía nuestras delicias. Comíamos a las cinco de la tarde y enseguida nos íbamos a la plaza, que estaba a una cuadra de distancia. A las seis era la reunión en el patio de casa, concurriendo tarde a tarde el Dr. Juan Carlos Gómez, el Dr. Don José María Muñoz, José María Montero (que más tarde fue mi cuñado) y dos personas más que no recuerdo sus nombres.

Paréceme ver a mi padre sentado al lado del aljibe, que estaba colocado en el medio del patio, y en el brocal tenía la caldera y la yerbera y él mismo cebaba mate para la reunión.

Terminada la revolución con la entrada del General Flores, volvimos a la patria, dejando en Buenos Aires, entre las personas que nos conocieron, a Regina y a mí una estela de simpatía; teniendo la satisfacción de ser muy queridas por las hermanas de Angelita, que siempre nos defendían cuando ésta nos atacaba.

Llegados a Montevideo mi padre fue nombrado camarista y nuestra situación cambió, pero nosotras echamos de menos la vida en Buenos Aires, pues fue una de las épocas felices de nuestra infancia.

Luego me pusieron en el colegio de Madame (Olympia) Godefroy, allí estuve dos años. De mis estudios nada digo y deseo pasarlos por alto; bastaría decir que era la niña más desaplicada y haragana, sin embargo era muy querida entre mis compañeras y me sacaban de apuros en los momentos difíciles.

Fueron condiscípulas mías Elvira Cibils, Laura Carafí, Amelia Tampié, Bernarda Arrién, Sara Landívar, Mercedes Berro y otras muchas que no recuerdo en este momento.

Hasta aquí se deslizó mi vida sin grandes expansiones, pero sin hostilidades, pero sucedió que mi madrastra tenía una hermana llamada Mercedes Martínez de Massera, que quedó viuda, viniendo (por desgracia) a vivir con nosotras, y aquí empezó mi martirio.

Hasta entonces Angelita, si no había sido cariñosa conmigo, por lo menos no me había hostilizado. No era mala, pero entró Mercedes en casa y con ella el anarquismo, ejerciendo un imperio tan sugestivo en mi madrastra, que la dominaba por completo. El blanco de sus acciones éramos mi hermana y yo, pero sobre todo yo, porque mi hermana tenía un carácter de hierro, que no se doblegaba y a pesar de sus pocos años, era respetada.

Mi pobre padre en esto era débil, pero por sostener la paz y concordia por Angelita, se hacía el ciego, no tomando parte alguna en nada.

Llegó un momento en que la vida se hacía insoportable y se resolvió ponerme en el Colegio de Nuestra Señora del Huerto, donde encontré un cariño tan grande, que me hacía completamente feliz.

Fui recomendada por la familia de Don José Sienra y me llevó al Colegio, Carmen Sienra, que éramos vecinas y muy amigas de casa. Ella me llevó y me entregó a su hermana, la reverenda hermana María del Rosario (Victoria Sienra en el mundo).

No tengo palabras para expresarme de esta hermana madre. Púsome la cama inmediata a la suya, en el salón de las pupilas, y me cuidaba con una solicitud de madre, que por cierto yo no estaba acostumbrada y me faltaba desde que había salido de al lado de tía Fortunata.

Tendría en esa época 11 años, no alcancé a estar uno, pues mi padre declaró que me extrañaba mucho y no permitió que siguiera en el colegio. Él mismo me fue a buscar.

Yo lloré al abandonarlo, porque me sentía feliz y era muy querida de mis condiscípulas por mi carácter franco y expresivo.

III

Vivíamos lindando con la universidad (calle Maciel), recuerdo como si fuese ahora la Colación de Grados, el día en que Carlos María Ramírez se recibió de doctor; siendo mi padre el padrino.

Lo veo con su gorra de terciopelo negro bordada de oro y grandes borlas doradas, subió la tribuna (no sé sí a pronunciar un discurso o a leer su tesis), sé que le valió nutridos aplausos; fue su primer triunfo.

Al terminar tomóse del brazo de mi padre y vinieron a casa a tomar una copa de champagne; mi padre lo abrazó estrechamente, pronunciando a su vez un discurso, que debió ser bueno, por lo que lo aplaudió el grupo que los había acompañado a la casa.

Entre este grupo se encontraban, Juan Carlos Blanco, Julio Herrera y Obes, José Pedro y Gonzalo Ramírez, Aureliano Rodríguez Larreta, Aurelio Martínez, Lucio Vicente López, Daniel Granada, Teofilo Díaz, el Doctor Berro, Enrique Estrázulas, Ibarra y otros muchos.

Todos discípulos de mi padre.

Cuando se retiraron mi padre estaba satisfechísimo y le dijo a Angelita: "Carlos María es uno de los grandes talentos de nuestro país, será el orgullo de su patria."

- - -

Recuerdo también la primer visita de cárcel que hizo mi padre. Lo vi llegar a casa en un carruaje y descender de él, pálido de emoción de tan triste visita. No comió, ni se sentó a la mesa; relató los pedidos de los presos y estuvo tres o cuatro días bajo una triste impresión.

Quiero también relatar la sentencia de muerte que el Tribunal de Justicia pronunció después que mi padre hacía parte de él y los días de disgustos que sufrió éste, al tener que firmar la muerte de un hombre.

¡A pesar de los muchos años que han transcurrido, recuerdo el crimen y el nombre del condenado a muerte!

Se llamaba Julio Pérez. Mi padre hizo su afiliación en estos términos: "¡No creerían ustedes, que una cara tan juvenil, pudiera tener tan negras entrañas! Es un paisanito joven, un criollo de tipo morocho, ojos negros, bigote que apenas apunta, delgado y regular estatura."

Todo esto lo oía yo del lugar más apartado del comedor, mi padre se lo relataba a Angelita, y a Domingo Carvallo.

El crimen había sido por celos, desarrollado en los sótanos de una casa de la calle Santa Teresa, donde nosotros vivíamos cuando mi padre tuvo que emigrar.

Una chinita, que había tenido relaciones con el tal Julio Pérez, lo había abandonado por otro, yendo a habitar en dichos sótanos, que era un conventillo.

De esos nuevos amores había nacido una criatura, y una noche que ella daba de mamar a su hijo, ciego de celos, Julio Pérez salió y por la espalda atravesó con una daga a la madre y al hijo. Éste quedó instantáneamente muerto y la madre, moribunda, tuvo tiempo de declarar el nombre del asesino.

Esto relataba mi padre, sin apercibirse que yo estaba allí, y mi cara debía ser muy rara en ese momento porque Angelita le hizo señas a papá, y este fijándose en mí; me dijo: '¿Qué haces ahí, con esos ojos de patacón? ¡Vete a tomar el aire a la puerta!'

Yo salí aterrada con la relación que había escuchado, y fui a contárselo a la cocinera Fela, porque tenía necesidad de desahogar la aprensión que sentía.

Esa noche no pegué los ojos y a cada paso iba a despertar a mi hermana, para que prendiera la vela. Ésta me echaba diciéndome que la dejara dormir, que bien empleado me estaba por curiosa.

Nos mudamos a la calle Buenos Aires, a una casa del Doctor (Marcelino) Mezquita, un amigo de mi padre.

Ya mi hermana era señorita y al cumplir 16 años, se dio una pequeña fiesta en mi casa para presentarla al mundo.

Era muy linda y fue la muchacha de moda de su época.

La recuerdo con un traje blanco y un grupo de mosquetas rosadas en la cabeza. ¡Estaba preciosa!

Yo tenía 13 años y también se me hizo un traje celeste y un lazo en el peinado, recogiendo dos rosas blancas.

Asistieron a estas lindas fiestas, los de Castellanos, los de Villega Muñige, Adela y Luisa Acevedo, Magdalena Villegas, Concepción Muñoz, Elvira Artigas, Ernestina, Josefina y Lola Reissig, Lola y María Antemia Foller, Corina Lozano, Elvira Sienra y Carranza, Elisa Artagaveytía, Luisa y Amelia Muñoz, Amelia y Cata Victorica, Clorinda Lesena, Alejandrina Carvallo Lesena, Manuela Díaz y otras que se escapan a mi memoria.

Caballeros: Lucio Vicente López (dragón de mi hermana y a quien mi padre no le tenía simpatía), Julio y Carlos María Ramírez, José Pedro Varela, Pedro, Bernabé y Ramón Bauzá, Juan Carlos Blanco, Demetrio y Luis Piñeyro del Campo, los Villegas (vecinos de nosotros) Carlos Muñoz y Maines, José Antonio y Alberto Ferreira, Alfredo Castellanos, Carlos Guesnosdez, Julio y Andrés Folla, Manuel, Juan Antonio y Adolfo Artagaveytía, Julio, Miguel y Emilio Herrera y Obes, José Ellauri, Blas Vidal, Horacio Mancer, Alberto Salterain, Daniel Muñoz, José Saavedra, Francisco Secco, Camilo Carrasco y el gran pianista Gachall y algunos más.

Esto era por el año 1868 y aquí termina mi infancia; para entrar en la adolescencia.

IV

Al año de lo que dejo relatado, mataron a don Venancio Flores y a don Bernardo Berro.

No he olvidado los sucesos de ese día de agitación y pánico. El doctor Martín Aguirre salvó a mi padre. Éste venía por la calle Misiones, para nuestra casa, cuando vio desfilar del fuerte un grupo de hombres armados y uno a la cabeza de la columna, a quien no reconoció al principio. Éste era el doctor Aguirre, discípulo de mi padre, y desprendiéndose del grupo que dirigía, tomó a papá de un brazo diciéndole: "Pero doctor Bustamante ¿cómo se atreve a andar por las calles? ¿No sabe usted que acaban de matar a Bernardo Berro y los blancos hemos tomado el fuerte? ¿Quiere usted que le hagan picadillo?" Y tomándolo de un brazo lo metió en el coche de Don Francisco Estévez, diciendo: "Salve a mi maestro", y cerró la puerta, dejando a mi padre adentro.

Mi padre, en ese entonces, ya era una personalidad política y consejero del General Flores, quien le había pedido le acompañase como Ministro de Hacienda en su presidencia provisoria, siendo rehusada esa proposición por mi padre en estos términos: "No general, agradezco su ofrecimiento, pero mis ideas no me permiten aceptar; cuando usted sea presidente constitucional, tendré mucho gusto en acompañarlo; ruego respete mi decisión."

En los momentos en que el doctor Aguirre salvaba a mi padre, en nuestra casa pasaba una escena conmovedora.

Angelita, que estaba esperando el parto de Pepita, a los tiros y los gritos de alarma (los blancos en el fuerte), salió sola por esas calles, como loca, en busca de mi padre; aún la veo con una bata violeta y un manto de capa, que le alcanzó mi hermana, quien la quiso acompañar y ella no lo permitió.

Fue a lo de D. Plácido Ellauri, donde se reunían los políticos, en busca de mi padre, y en el momento en que él salía de la cochera de Estévez (en el carruaje de éste), ella volvía desolada de no haberlo encontrado en lo de Ellauri, subió con él en el coche, para ser conducidos a casa, donde todos los esperábamos con la mayor ansiedad.

- - -

Vino D. Lorenzo Batlle a la presidencia y mi padre fue nombrado Ministro de Hacienda. Nuestra situación mejorada nos permitía frecuentar y gozar de las fiestas; ese invierno se pusieron loterías en casa y se había elegido el viernes, pero no se jugaba, se hacía música, se bailaba y se hacía buena tertulia.

Tocaba el piano Camilo Carrasco, D. Pedro Bengochea, Adela Acevedo y Sofía Zavalía, una distinguida señorita de Buenos Aires, que se encontraba aquí de paso.

Recitaban en el piano Alejandrina Carvallo y Josefina Castellanos. Declamaba Francisco Bauzá. A la una se retiraban todos contentos y satisfechos.

Después de la mesa se habilitaba una salita, donde se recibía a los visitantes y allí se trasladaba una mesita, donde se ponía una bandeja de bizcochos de arroz, otra de frescales, una botella de coñac y una licorera con cuatro frascos, licor de menta, de anís, de curazao y guindado. A las 11 se tomaba el té con leche en ese improvisado comedor y lo pasaban amenamente.

Era habitué a nuestras reuniones Antonio Gianotti, joven italiano, que desde el primer momento se enamoró de mi hermana. Pidió su mano y aunque no de muy buena gana por parte de mi padre, pues hubiera deseado para su hija un compatriota, le fue otorgada.

Gianotti era un real mozo, un completo caballero y uno de los comerciantes más fuertes de aquella época. Se casó mi hermana a los 17 años. Cuando ella se casó yo perdí mucho, porque quedé sola a merced de las iras de Mercedes y…

Yo tenía 14 años, a los 15 hice mi debut, en un baile suntuoso que dio tía Fortunata en su quinta y que hizo época. Me llevaron mis padres, estrené un precioso traje blanco, regalo de tía Fortunata. Me permito decir que estaba bastante bien, era esbelta, delgadita, con lindo color, cabello castaño oscuro y ensortijado, un peinado de bucles; y dos jazmines del cabo completaba mi sencillo, pero elegante, toilette.

Fui muy atendida y la crónica, hecha por Julio Herrera y Obes, me dedicó un párrafo muy halagador.

Casada, mi hermana vivía más en su casa que en la mía, lo cual despertaba en Angelita y Mercedes una rivalidad tan sin límites contra Regina, que yo me encontraba en una situación difícil. Si estaba en casa, chocándome sin cesar con lo de mi hermana y si no, estaba increpándome, al volver, porque era una desamorada que no me gustaba vivir en casa de mi padre.

Vivíamos en una lucha tan grande que papá resolvió hablar con Mercedes.

Han pasado muchos años y no he olvidado sus palabras: “Mercedes, tú no tienes necesidad de vivir con nosotros, pues tienes 16.000 pesos, no congenias, ni aun con Angelita, porque todo lo que hace ésta es porque te tiene miedo. Tienes anarquizada mi casa, ¿qué haces pues que no evitas estos disturbios en mi hogar? Busca casa, que de aquí yo me encargo de mandarte la comida, pues no tienes necesidad de cocinar para dos personas, yo lo haré con mucho gusto, pero múdate, déjanos tranquilos.”

Se fue Mercedes y con su ida se restableció una aparente calma, porque ella no venía a casa, pero Angelita iba a la suya y el día que iba, volvía insoportable, extendiéndose esto hasta mi hermana, que a fuerza de indirectas, se fue retirando poco a poco de casa.

V

La pobre Angelita había quedado mal del parto de Pepita y su organismo se iba destruyendo poco a poco, minada por una terrible enfermedad hereditaria, la tisis. Se encontraba encinta de Enrique y al salir del cuidado, la tuberculosis se desarrolló violentamente, llevándosela en mes y medio.

Yo tenía en esa época 16 años y desempeñé mi papel de enfermera, con el aplomo de una mujer de 30.

Vino Mercedes a casa cuando ya estaba muy mala y nos alternábamos durante la noche para velarla. Ella estaba hasta las 2 de la mañana, hora en que me llamaba para quedar yo hasta las 6, que entraba una sirvienta a relevarme. ¡Qué noches!

¡Qué coraje el mío para velar solita al lado de una moribunda! (Verdad que yo no me daba cuenta de su estado) Ni siquiera se encontraba en piezas comunicadas con las demás de la casa, a causa de habérsele aislado por el ruido que hacían los niños.

¡Cómo contaba las horas que faltaban para amanecer! ¡Qué eternidad de noches y qué inconsciencia del peligro! Yo le daba los alimentos, mudaba sus sábanas empapadas en sudor y sentada en el suelo, recostaba mi cabeza sobre sus cobijas, al alcance de su mano, por si me rendía el sueño, pudiera tocarme.

No es extraño que yo, una niña, no conociera el peligro cuando mi padre, hombre inteligente, no se daba cuenta de ello.

Papá tenía una cama portátil en la sala y de cuando en cuando se aparecía por el cuarto; pero la noche en que la pobrecita entró en la agonía, yo me encontraba sola. Mercedes se había retirado a su casa por tener a su hijo con tos y no había venido ese día, y mi padre, tumbado por un fuerte dolor de cabeza, se había acostado temprano.

Serían las 2 de la mañana de una inmemorable noche, cuando sentí que Angelita daba un ronquido. El cuarto estaba iluminado tan sólo por el pequeño reflejo que entraba por la entornada puerta del comedor, inmediato al dormitorio de Angelita, donde quedaba una lámpara de kerosene.

¡No quiero relatar las visiones que en mi imaginación ví esa noche, por no parecer fantástica, pero la cara de la muerte la ví a los pies del lecho de Angelita!

“Adrianita, dame agua que me abrazo”, me dijo. Yo le alcancé el vaso (¡común para las dos!) que dejaba todas las noches sobre la mesa de luz.

No pudo llevarlo a los labios, porque su mano temblaba; yo la incorporé y le dí de beber, pero la pobrecita no podía tragar.

¡Todo esto pasaba en una semioscuridad, pero yo sin conciencia del peligro, no llamé a nadie! ¡Qué imprudencias se cometían antiguamente!

Se durmió, pero el ronquido aumentaba. Yo no había visto morir a nadie, ni siquiera había visto un muerto, porque las antiguas no les permitían a los niños ver esos espectáculos.

Ya amanecía cuando despertó, y me dijo: "¿Con que papá llegó de Buenos Aires? Dile que entre, que quiero abrazarlo." Esto heló mi sangre, y fue la revelación, para mí, de su próximo fin. (Ella se refería a su padre, el General Martínez, que en su delirio creía había llegado de Buenos Aires).

Me quedé muda e inmóvil, contemplando su brillosa mirada, clavada en mí con una insistencia aterradora. Tuvo energía para decirme: "¿No oyes lo que te digo, que hagas entrar a papá? ¿Qué te quedas mirando con esa cara de impávida? Anda, llama a Bustamante." ¡Fueron sus últimas palabras!

Mi padre entraba en ese momento, y ella tuvo tiempo de estirarle sus descarnados brazos, estrechándolo en una convulsión en que quedó muerta; ¡apareciendo en sus labios una espuma roja!

Este fue el primer dolor agudo que sintió mi corazón. La lloré de veras, lo sentí mucho, casi con desesperación. Me parecía la crueldad más grande que se había cometido en el mundo ¡Llevarse a Angelita, tan joven, con tantos hijos, y tan querida de mi padre!

¡Murió a los 32 años!

- ● ●

Me encontraba sola en mi dormitorio, cuando me anunciaron a la hermana Rosario y a la hermana Eugenia, mi maestra de música ésta y aquella la que me había prestado tantos cuidados durante mi estadía en el Colegio, donde se habían deslizado días tan felices para mí.

Las palabras de la santa hermana Rosario cayeron como un bálsamo en mi corazón, pidió estar sola conmigo y recuerdo sus santos y buenos consejos y las palabras de consuelo que me prodigó.

En mi joven alma todo esto hizo profunda impresión, prometiéndole a la hermana seguir al pie de la letra todo lo que ella me indicara.

Al despedirse me arropó en sus brazos y me dijo: "Sé buena, sé la segunda madre de tus hermanitos y edúcalos en la religión cristiana; piensa que eres muy joven pero que caen sobre tí serias responsabilidades, reza con fervor y tu corazón se sentirá aliviado."

"Hermana — le dije —, mi primera salida será ir al Colegio y hacer una comunión por el descanso del alma de Angelita." "Sí, pero una comunión completa, olvidando y perdonando todas las majaderías que ella pudo haber tenido contigo."

Angelita y la hermana Rosario habían sido amigas en el mundo y ésta última estaba enterada del malestar que había habido en mi casa.

Quedó nuestra casa sumida en una tristeza profunda. Mercedes se presentó a ofrecerse a padre para cuidar a sus sobrinos, y éste le contestó: “Pero Mercedes, si en vida de Angelita fue imposible vivieras con nosotros, ¿cómo crees que muerta ella puedes volver? Yo te agradezco mucho, pero creo que Adrianita será bastante a cuidar a sus hermanos, y además está rodeada de antiguos y buenos sirvientes que la ayudarán a salir del paso.”

Se fue resentida, pero a pesar de eso, yo le mandaba a los niños para que los viera. Empezó para mí una vida llena de obligaciones, pero mi situación había sufrido un cambio radical.

Fui dueña de casa, me hice cargo de todo. Yo les cosía a mis hermanitos, los cuidaba, los mimaba y me desempeñaba divinamente en mis obligaciones domésticas.

Fui poco a poco, por medio del cariño, imponiéndome, pues me había quedado de pronto con siete hermanos mal dispuestos para mí por lo que habían presenciado, por culpa de Mercedes.

¡Dios le haya perdonado todo el mal que me hizo ésta, y los amargos ratos que me proporcionó en mi niñez! ¡Yo también la perdono!

Los días que se sucedieron fueron tranquilos. Pepita me llamaba ‘mamá Ayana’, Enrique era criado por una buena ama, era lindo y gordito.

En mi casa había 4 sirvientas, sin contar con el ama. Fela, la buena y fiel cocinera, la que nos acompañó siempre, en nuestras buenas y malas épocas, con esa fidelidad tan característica de las chinas. ¡Para recomendarla no tengo más que decir que estuvo a nuestro servicio 35 años! ¡Cómo la queríamos!

Vuelvo al número de nuestras sirvientas, Antonia Errecat, niñera de Pepita y María y Ángela Meridegui, también vascas y hermanas. La primera era costurera, que me ayudaba y era una especie de dama de compañía, la segunda sirvienta del comedor.

Todas habían quedado a la muerte de Angelita. Cuando yo me casé aún quedaban en casa, excepto el ama de Enrique, que lo había criado 2 años y salió de casa para volver a su país.

Mi padre ganó confianza en mí y a los 16 años era una completa dueña de casa, dueña absoluta de hacer y deshacer a mi antojo todo lo que concernía el hogar.

Papá, en su azarosa vida política, no tenía tiempo de las cosas de casa y tenía plena confianza en mí; agradecido siempre la ayuda que yo le prestaba y recordando, con fastidio, los días amargos que había pasado en mi niñez. Él, decía, también había sufrido mucho, pero callaba para no empeorar la situación.

¡Pobre padre mío! ¡Tú, tan mal comprendido, nunca tuviste una palabra fuerte para tu hija! No recuerdo haber recibido un reto de ti, y si alguna vez tuviste que hacerme una observación, no fue hecha con palabras agrias. ¡Tú, el hombre brusco! ¡El hombre intransigente, como te juzgaba el mundo, eras un santo en tu casa! ¡Nunca te ví maltratar un hijo, ni hacer sentir tu autoridad de dueño de casa por medio del despotismo!

En el transcurso de estos apuntes relataré la única vez que recibiste un “no” de mis labios.

Juro por tu memoria querida, que fue la primera y única vez que contrarié tus deseos.

Han transcurrido muchos años, pero en mi corazón vive latente el recuerdo de nuestro tranquilo hogar y las horas felices de los primeros años de mi juventud.

¡Cuántas veces, al despertar una mañana, encontraba en mi mesita de luz, un paquete de yemas, de pastas de dulce de leche o de coco, que tú me habías traído la noche antes y respetando mi sueño, te retirabas, dejándome esa sorpresa para el nuevo día! ¡Cuánta solicitud y cuánto cariño!

¡Pobre padre querido!

Así fue corriendo el tiempo de nuestro duelo, las niñas fueron al colegio y las tres mujercitas no se separaban de mí; llegando a tenerme un cariño que el tiempo no ha entibiado en ellas. María Eugenia murió llamándome. De Yeya nada digo… y Pepita es y será siempre como mi hijo mayor y creo, que puesto en la balanza, el cariño de mis hijos y el de ella, ésta se inclinará hacia un lado…

VI

Vencido el luto volví al mundo, donde estos tristes acontecimientos me habían detenido en el dintel.

Me presenté en todas partes, acompañada de mi tía Fortunata, mi hermana Regina, y mi tía Ofelia. Éstas eran las que siempre en su palco, y en un coche, tenían un puesto para mí.

Tuve mi época, como todas las jóvenes, lucí, gusté por mi elegancia y en él encontré al que habría de ser el compañero de mi vida.

Los primeros pasos de nuestros amores tuvieron sus escollos, pues nuestros padres eran enemigos y esto nos trajo días de amargura.

Y aquí llega el momento de relatar mi primer y único "no" a mi padre.

Sabedor de nuestro noviazgo, me llamó y me dijo. "Hija, sé que te festeja un hijo de José María Montero. Te prohíbo estos amores, porque yo no estoy en buenas relaciones con su padre. Éste ha hecho injustas acusaciones contra mí y este asunto está a ventilarse por la prensa. Prométeme que dejarás a Montero." "No papá, yo no prometo lo que no sé si podré cumplir". A mi respuesta sincera y leal, sus labios no se abrieron para increparme. Se quedó un momento pensativo y levantándose de su escritorio, donde estaba sentado, con suave sonrisa me dio dos palmaditas en la espalda y me dijo: "Vete a tu cuarto".

Yo salí con el corazón oprimido, pero tranquila, pues la rectitud de mi carácter me había obligado a ser franca con mi padre.

No quiero relatar la historia de nuestros amores, por no parecer ridícula, pues fueron bastante románticos. Las muchachas de nuestra época nos llamaban "Romeo y Julieta", porque nos encontrábamos en el mismo caso: nosotros nos queríamos, y nuestros padres eran enemigos.

Papá fue razonable, y habiéndose enterado de la caballerosidad y honradez del que habría de ser mi compañero, no se opuso a que realizáramos nuestro sueño.

Por entonces había terminado la presidencia de Don Lorenzo Batlle, y era Ellauri el actual presidente, siendo mi padre diputado, fue nombrado Ministro Plenipotenciario en Londres, y yo quedé con mi tía Reginita, hasta su regreso, que duró seis meses.

A su llegada se presentó Montero a pedir mi mano. Esto sucedió el 5 de julio de 1874 y pretendíamos realizar nuestro enlace el 20 de septiembre próximo, día de mi cumpleaños (Nací el 20 de septiembre de 1855).

Papá le dijo que no podía ser, porque el tiempo era muy poco para prepararme yo y él alhajar su casa, pues su posición no le permitía que su hija, que lo había acompañado y ayudado tanto en el hogar, se casase en casa ajena.

Vivíamos en lo de tía Regina, provisoriamente, pues nuestra casa había sido levantada, dándose un remate en ella.

Papá y Montero vinieron a su arreglo, postergando mi casamiento hasta el 31 de diciembre de 1874.

A su regreso de Londres, donde desempeñó su misión, que era un empréstito (no sé de cuántos millones) fue mi padre nombrado Ministro de Hacienda, donde acompañó a Ellauri hasta su caída.

Nos casamos el 31 de diciembre de 1874 y el 10 de enero de 1875, a los 10 días de casados, fue derrocado por Latorre el gobierno de Ellauri.

Mi padre tuvo que asilarse en el Consulado Argentino, junto con Don José María Muñoz, y otros "principistas", como llamaba el candombe a éstos y así se libraron de hacer el viaje en la famosa barca "Puig".

Todas las noches íbamos a visitar a mi padre y yo me repartía entre mi nuevo hogar y el de mi padre, para atender a mis hermanos.

Ya María Eugenia era una jovencita y estaba unos días en casa y otros en la de Don Jacinto Villegas, que era el cónsul argentino, donde estaba alojado mi padre.

Después del gobierno de Varela, que duró muy poco, pues Latorre los traicionó; como había hecho con Ellauri; subió Latorre al poder y empezó una era de sufrimiento para mi padre.

Fue el blanco de sus abusonas políticas, llevando la bajeza hasta publicar su vida privada, llena de calumnias e imposturas.

¡Estos fueron días de prueba para mi pobre padre!

Vivía retirado, su hogar se deshizo, y así me decía en sus momentos de desesperación: "¡Ay hija, tú saliste de casa y con tu ida todo se derrumbó! ¡Tengo que separarme de mis hijos, porque no puedo sostener la casa!

A los dos meses tuvo que vender sus muebles; un buen amigo, por favorecerlo, compró el juego del comedor, que había costado $1.200 pesos, él dio $1.500 ¡Con razón mi pobre padre decía: "¡Qué amigos tienes, Benito!"

Yo me llevé a Pepita; María Eugenia fue a vivir con tía Regina; Yeya, a educarse al convento; Enrique, con Mercedes y Pedro; Augusto y José, al Colegio Inglés popular.

Mi pobre padre tomó dos piezas en la fotografía de Bate, calle de 33, entre Sarandí y Rincón.

Aún alquilan piezas, conservando la casa como en ese entonces.

¡Allí fue a vivir Don Pedro Bustamante! ¡El hombre político! ¡El hombre que había sido dos veces Camarista, dos veces Ministro de Hacienda, y no sé cuántas diputado!

¡Allí vivió, pobre y abatido, y casi abandonado de sus propios amigos, pues era una época de terror!

Yo le mandaba la ropa limpia y en ciertos días del año, como ser su santo y el día de año nuevo, le enviábamos una caja de cigarros habanos, con un billete de 100 pesos adentro. No admitía dádivas y era preciso tener mucho tino para no ofender su delicadeza.

Comía en lo de González, en lo de Muñoz, y en casa.

Cayó Latorre y poco a poco fue cambiando su situación, pero los sufrimientos morales minaron su salud, encontrándolo ya muy enfermo los acontecimientos políticos, en que más tarde volvió a actuar, ¡para volver a recibir crueles desengaños que lo condujeron a la tumba!

VII

Nuestro feliz matrimonio fue colmado con todas las bendiciones del cielo, nuestros hijos nacieron en medio de la opulencia y del cariño.

Vivíamos el uno para el otro y yo no comprendía felicidad más allá de mi nido.

Dios, todo me lo había dado, unión en el matrimonio, fortuna e hijos que formaban mi diadema doméstica. No me faltaba nada, a veces tenía miedo de tanta dicha y me complacía en socorrer al necesitado, como una compensación a cierto remordimiento que sentía de ver que otras sufrían y a mí todo me sobraba…

Sembraba todo el bien que podía.

¡Ah! ¡Quién me hubiera dicho entonces los amargos días que la suerte me reservaba!

¡Quién me hubiera dicho que esa prodigalidad de felicidad, había de verla deshojarse, hoja tras hoja, con el correr del tiempo, y que vería evaporarse como el humo aquel Edén!

- - -

Mi primera pena de madre fue la muerte de nuestra querida María del Pilar. María del Pilar murió de viruela a la edad de tres años, dejándonos desolados.

No quiero detenerme sobre estos amargos recuerdos, primeras espinas de nuestro feliz hogar.

Ella voló al cielo, Dios así lo dispuso. ¡Alabado sea el Señor!

El tiempo y la religión fueron los encargados de mitigar esta pena.

VIII

Corrió el tiempo y fuimos a vivir a la quinta que mi pobre viejo había heredado de su padre, y que él reconstituyó con todo el confort y comodidades posibles.

Allí pasaron los días más venturosos de nuestra existencia.

Nuestros hijos crecieron, se educaron, eran lindos, buenos e inocentes. Ellos recuerdan la feliz infancia deslizada en ese paraíso terrestre. Pepita hacía parte de nuestro hogar, siendo considerada como la hija mayor; ella fue mi compañera y como me había acompañado en las horas felices, más tarde me acompañó en mis aflicciones. Casó con Benjamín Pereira y seguía siendo la Pepita de siempre, para mi corazón.

Así vivíamos felices y descuidados, cuando un siniestro inesperado concluyó con los sueños que habíamos forjado para el porvenir.

Un incendio voraz, que duró cuatro días, acabó con la barraca de mi pobre viejo, recién provista de inmensos materiales, que importaban 300.000 pesos. Todo lo consumieron las llamas, pues no estaba asegurada, por tener máquinas a vapor y ser consideradas por los seguros, de inmenso peligro.

Una triste mañana fuimos despertados por los campanazos del portón. Era una mañana, esperada por nosotros con tristeza, cumplíanse 8 años de la muerte de nuestra hijita, el 28 de enero de 1896. A los golpes nos tiramos de la cama, mi pobre Montero salió al portón en cuanto vio a Don Guillermo Jones (un señor inglés, comerciante en maderas, que tenía negocios con Montero).

Yo, por la ventana del salón, miraba, pero no oía a Montero, de espaldas a donde yo estaba. No pude leer en su semblante la impresión que causaba la noticia de que era portador Don Guillermo. Por no despertar sospechas en mí, habló breves instantes con Jones y se retiró. Cuando entró en nuestra pieza le pregunté: "¿Qué quería Don Guillermo?" "Nada, mi vieja, inglesadas de Don Guillermo; que sale en el Ferrocarril para el Sauce y no teniendo tiempo de depositar una cantidad de vigas, que ha comprado en Bella Vista, viene a incomodar a estas horas, para pedirme permiso para ponerlas en el terreno de al lado, hasta su regreso. Egoísmo de inglés, que como él madruga cree que todos hacen lo mismo. ¡Vamos a acostarnos!"

¡Pobre mi santo y cariñoso compañero, tuviste el valor moral de acostarte, aparentando una calma que tu alma no podía sentir, pero que tu inmenso cariño por mí te lo imponía! ¡Pero yo no te creí, quise hacerte creer que estaba convencida, pero mi corazón presentía, casi adivinaba, algo terrible! Nos acostamos, engañándonos mutuamente, haciéndonos los dormidos; cuando creíste que yo me había dormido fuiste al cuarto de Pepita y le dijiste: "¡Una desgracia horrible cae sobre nosotros, levántate para preparar a la pobre Adriana, pues yo no tengo coraje para darle la noticia!"

Ya no había necesidad de prepararme, yo te había seguido y escuchado tus palabras y adivinado lo que pasaba.

"¡Pronto, pronto, di lo que es, viejo querido!" Te echaste en mis brazos diciéndome: "¡La barraca arde, y nos quedamos en la calle!" "¡Sí! — te dije —, pero con vida para acompañarnos uno al otro!"

La que recibió con más serenidad tan terrible golpe fui yo.

Los espíritus más fuertes tienen un momento en que flaquean, yo no tuve ni un día, ni una hora, ni un momento de abatimiento, me sustraje a la desesperación e hice frente con mi valor a la difícil situación que se nos presentaba.

Empieza una vida de luchas para nosotros. Mi casa sufrió un cambio radical, se suprimió todo lo superfluo y de siete sirvientas no quedó más que una, la indispensable; la cocinera.

Mis hijas, ya creciditas y educadas para la vida doméstica, dirigidas por Pepita, prestaban la ayuda que sus cortos años les permitían.

Una mañana tuve una inspiración e inmediatamente, sin comentar a nadie, la puse en práctica utilizando a favor de mi hogar aquello que como recreo y pasatiempo había aprendido en mis días de opulencia.

Fuíme a todas las principales fotográficas y solicité retratos para pintar a la foto-miniatura, encontrando buena voluntad en los fotógrafos, volví a casa con trabajo, por valor de 30 pesos.

¡Qué satisfacción sentía! ¡Aquellos treinta pesos me parecían una fortuna! ¡Yo, que había manejado tanto dinero, me deslumbraba con tan pequeña suma!

Era la satisfacción del deber cumplido.

Durante esta difícil época pinté, pinté mucho y aún siento un bienestar al recordar la satisfacción con que me sentaba a la mesa, a saborear el modesto puchero, costeado con el trabajo de mis manos…

¡También la pobreza tiene sus encantos! Yo me sentía feliz en esos momentos.

Tú, mi querido Raúl, tomabas parte activa en esto y tal vez la más pesada: ibas a buscar trabajo y lo traías a tu madre.

Ya muy niño, muy niño, pues apenas contabas 11 años, te distinguías por tu buen corazón, comprendiéndose que tu inteligencia era poco común, pues a la edad que otros viven descuidados, entregados a los juegos infantiles, tú tomabas parte en las serias obligaciones de la casa, prestando ayuda a tus padres con la conciencia de un hombre que conoce las grandes luchas de la vida.

Al recordar esto siento en mi alma un desborde de gratitud, por el hijo que anunciaba ya lo que más tarde sería para su madre en los días de prueba.

Nuestra Adrianita, ángel en forma de mujer y encanto de nuestro hogar, casó a los 20 años con Fructuoso Coste. No quiero detenerme… quiero echar un velo sobre esto. ¡Quiero cubrirlo con el espeso velo del olvido! Tal vez mañana sus hijos lean las memorias de su abuela y no quiero que beban en ellas una gota de amargura. Vivió 5 años casada y murió como había vivido, sin exhalar una queja.

¡Pobre hija querida de mi corazón, el alma de tu madre quedó muerta con tu ida!

No puedo decir que este fue el golpe más rudo de mi vida, porque más tarde, fui herida de muerte para no levantarme más.

Perdí a "mi" santo y buen compañero, el padre de mis hijos, al que guiaba mi vida, al alimento de mi alma, mi esposo, mi padre, mi hermano, mi amigo… ¡Tú lo eras todo para mí, y desde entonces quedé vencida por el dolor!

- - -

No sigo… tú, mi querido hijo, conoces tan bien como yo mi triste vida, desde ese fatal momento y como estas líneas son escritas para ti, pongo punto final.

Esta es la historia verdadera de tu madre, escrita sin pretensión, pero con toda la sinceridad de mi alma.

Para ti es hijo querido, tú me la pides y te la escribo, para mi Raúl, para el hijo modelo, que tantas veces ha sabido sustraer mi alma de las aflicciones que la agobiaban con su palabra suave, dulce y persuasiva.

Cierro mi libro de memorias y lo pongo en tus manos como testimonio de mi cariño.

Tu madre

Adriana

1° de enero de 1911.